

Nacida en Córdoba y Doctora en Medicina por la Universidad de Córdoba, ocupa en la actualidad el puesto de Profesora Titular de Psiquiatría de la misma. Su actividad literaria comenzó en el verano de 2008 precisamente con el relato que ha sido finalista en este certamen. En este momento compagina la escritura de una novela (thriller psicológico) con su dedicación profesional.

M^{ra} José Moreno Díaz

(Córdoba, España)

Cuarto Accésit del II Certamen Internacional de Relato Breve
sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

COSAS DE CATEDRÁTICOS

Ildefonso Carrascosa miró su dorado reloj Certina. Lo compró con su primer sueldo y nunca se había retrasado ni un minuto en treinta y cinco años.

Las seis de la tarde, se dijo. Súbitamente se levantó de la silla ante la atenta mirada de desconcierto de su compañero Ramón.

—Tengo que hacer la ronda
—anunció Ildefonso en voz alta.

Era su cuarta ronda por el claustro de la Facultad de Medicina. Una cada hora, desde las tres de la tarde a las diez de la noche que terminaba su jornada laboral. Le quedaban un par de meses para jubilarse, pero no había cambiado ni un solo



día su rutina en los casi treinta y cinco años que llevaba trabajando de bedel, ahora P.A.S.

Siempre comenzaba su vuelta por el lado izquierdo del patio. Recorría las antecámaras de las aulas y los laboratorios, la sala de disección y los despachos, para terminar por el lado derecho donde se encontraba la biblioteca. Ahí, Ildelfonso se detenía y cruzaba unas palabras con los alumnos que hacían un descanso en su estudio y aprovechaban para charlar o fumar un cigarrillo. Ese día, Jaime fumaba sentado en un banco mientras ojeaba un periódico.

—Mala costumbre, Jaime. Deberías dejar de fumar.

—Qué más da, Ildelfonso, de algo hay que morirse y si uno no tiene algún vicio ¡qué triste la vida, sólo estudiar y estudiar! –sentenció mientras le echaba el humo a la cara.

—Pues más te valdría buscar otro vicio, hijo mío.

Y se marchó moviendo la cabeza de un lado a otro con la sensación de que ese chico no tenía arreglo. Llevaba diez años en la Facultad y parecía que nunca iba a terminar. Se pasaba más tiempo que nadie en la biblioteca, pero no aprobaba ni una asignatura. No me lo explico, si fuese mi hijo ya le habría dado yo unos pocos palos para que espabilara... y esos pobres padres gastando dinero, musitaba mientras se dirigía a la conserjería. Cuando llegó, miró de nuevo su reloj. Exactamente habían transcurrido quince minutos, como siempre. Se sintió satisfecho de que la edad lo respetara, sobre todo a sus piernas, y de estar aún lo suficiente-

mente ágil para hacer el recorrido en el mismo tiempo. Alzó la vista y vislumbró la sarcástica sonrisa que iluminaba la cara de Ramón.

—¿Y a ti qué carajo te pasa? —dijo malhumorado. ¿Qué te hace tanta gracia? Cumpló con mi deber, no como tú, ahí apoltronado delante del ordenador. Maldito invento —farfulló mientras se sentaba delante de la ventana al público a la espera de que alguien le necesitara. La mirada al frente, dominando la entrada principal de la Facultad. Ildefonso era como un ave rapaz al acecho de su presa. Por eso, cuando vio aparcar su coche al profesor Olmedo, Catedrático de Patología, se apresuró a coger el correo de su casillero para entregárselo en mano en el momento que se acercara, poniéndose de pie firme delante de la ventanilla.

El Profesor tenía más o menos la misma edad que Carrascosa y había accedido a cátedra el mismo año que Ildefonso se incorporó como bedel. Era un hombre enjuto, de tez cetrina, con un andar seguro y un porte que reflejaba su nacerencia, pues se rumoreaba que su padre había sido el Marqués de Fonsequilla; padre natural, por supuesto, ya que él llevaba el apellido de su madre, una mujer con una gran inteligencia, trabajadora y voluntariosa que cometió un desliz, pero que no estuvo dispuesta a que su hijo sufriera las consecuencias. Y lo hizo tan bien, que en los ambientes universitarios hoy día nadie dudaba de que se había educado en los más selectos colegios de España y del extranjero, cuando en realidad cursó todo el bachillerato en Los Salesianos de Utrera.

Sebastián Olmedo cogió su maletín, que había dejado en la parte trasera de su BMW serie 3 Berlina, y cerró con el mando a distancia com-



probando, como siempre, con un suave tirón de la manecilla, si estaba bien cerrado.

En todas las estaciones del año, el profesor Olmedo vestía de la misma forma: traje cruzado de lana de cachemir en invierno y de lino en verano, acompañado de corbata de lazo. Con su traje de lino color tabaco y su corbata marrón se presentó esa tarde, donde Ildefonso le esperaba con actitud militar.

—Buenas tardes, Carrascosa. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Estupendamente, Profesor, todo sigue su ritmo y en perfecto equilibrio. Aquí tiene su correo. Como verá, ha llegado la revista que estaba esperando.

—Muchas gracias. Si no le importa, me acompaña al despacho, que yo con el maletín y el correo no voy a poder abrir la puerta.

—Ahora mismo. Ramón, me voy con el Catedrático. Enseguida vuelvo. Quédate a cargo de todo y ten cuidado de que no entre nadie que no conozcas.

Este ritual de dimes y diretes se repetía cada vez que Sebastián Olmedo llegaba a la Facultad. De la misma manera, durante treinta y tantos años, se encaminaban por el claustro primero el Catedrático y detrás, a unos cuatro pasos de distancia, Carrascosa, que ya en ese momento llevaba en una mano el correo y en otra el maletín que el Profesor le había cedido. Al llegar al despacho, don Sebastián sacaba de su bolsillo las llaves y con rápidos movimientos abría las dos cerraduras de la puerta y

pasaba al interior. En el momento que Ildefonso llegaba al quicio de la puerta siempre decía con su permiso a lo que Olmedo siempre contestaba adelante, Carrascosa, adelante, pase y me ayuda a ponerme la bata. Entonces, dejaba el correo y el maletín en la mesa y se dirigía al perchero situado al fondo de la habitación, donde siempre estaba colgada la im-poluta bata blanca. Mientras, el Catedrático de espaldas a él, esperaba con los brazos separados del cuerpo para que le fuera más fácil la colocación.

Esa tarde, Ildefonso Carrascosa observó desde lejos que la bata no estaba lo limpia que debiera. Una mancha de color blanco leche, reseca y con forma ovoide, de unos cuatro centímetros, se rodeaba de otras tantas minúsculas salpicaduras de la misma consistencia que tatuaba la zona inferior de la parte trasera. Instintivamente, echó mano a su cabeza mesándose los pocos pelos que aún conservaba. No sabía qué hacer, nunca le había pasado nada igual. Los pensamientos se agolpaban en su mente y en una fracción de segundo, pues el Profesor esperaba con los brazos abiertos. Decidió no decir nada. En ese instante, alargó la mano para descolgarla y se la puso de la misma forma que siempre: primero el brazo izquierdo, luego el derecho y un tirón de ella hacia arriba para ajustarle los hombros y el cuello.

Mientras Olmedo se abrochaba y encaminaba sus pasos hacía el sillón, Carrascosa, no podía quitar ojo de la desagradable mancha, hasta el punto de que aquél, una vez acomodado en su asiento, al ver que el bedel no se movía le preguntó:

—¿Le ocurre algo, Carrascosa?



—Uhhh...noo...nana... da –tartamudeó lIdefonso.

—Pues nadie lo diría, porque está más blanco que la leche.

Al oír la palabra leche, su mente representó otra vez la mancha y antes de que se le notara más la descomposición que sentía, el eficiente y cumplidor bedel salió del despacho apresurado con la excusa de que era la hora de hacer su ronda, no sin antes ejecutar, como hacía habitualmente, un amago de taconazo a modo de despedida.

—Adiós, Carrascosa. Cuídese. Esta es una mala época para coger un virus.

No puede ser, no puede ser, farfullaba una y otra vez el bedel mientras trocaba por el césped con paso aligerado. Esa mancha no puede ser nada más que de... ¡No, es imposible. Dios mío! ¿Cómo se lo voy a decir? ¡Qué vergüenza! ¿Y si es suya? Imposible. Nosotros no estamos para esos trotes y además, si fuese suya estaría por la zona delantera. ¡Dios me valga! Esta cabeza mía corre más que mis pies. He de descubrir qué ha ocurrido, declaró para sí mismo.

—Parece que has visto al diablo –le espetó Ramón nada más verlo entrar en la conserjería—. Traes la cara desencajá...

—Desencajá ni desencajá –le cortó lIdefonso—. Tú sí que estás desencajado de la mañana a la noche y te tengo que aguantar. Y no me entretengas, que van a dar las siete y ya es hora de que me encamine a revisar cómo va todo.

Tan mal lo vio Ramón, que se atrevió a preguntar:

—Si quieres lIde, la hago yo y tú descansas.

De la boca de Carrascosa brotaron unas palabras ahogadas por una acelerada respiración que Ramón interpretó como sobre mi cadáver.

Aquella noche Ildefonso durmió mal. Una pesadilla tras otra le hacían presente la mancha blanco leche y oía la voz del Profesor diciéndole: “Carrascosa, Carrascosa esta bata está sucia. Debe ser más competente. Tiene que averiguar qué ha pasado, piense, piense... nuestro honor está en juego”. De la última, se despertó muy angustiado y optó por levantarse. Prefería no dormir con tal de que no volviera la maldita mancha y la perversa voz del Profesor recriminándole sobre su incompetencia. Él, que durante treinta y cinco años no había faltado ni un solo día a su trabajo, ni se había saltado jamás una ronda, nunca había tenido ningún incidente. Hasta ahora, claro, pensó apesadumbrado.

II

Por la tarde, Ildefonso cruzaba cabizbajo la puerta de entrada a la Facultad. Arrastraba los pies y llevaba las manos metidas en los bolsillos de su pantalón gris marengo. Ramón lo observaba disimuladamente medio tapado por la pantalla del ordenador. Desde el día anterior andaba preocupado por él y ahora, al verle entrar de la forma que lo hacía, aún se sintió más aprensivo.

—Buenas tardes, Ramón.



—Buenas tardes, Idelfonso. ¿Cómo te encuentras?

—De maravilla, como siempre. ¿Por qué lo preguntas? —contestó Carrascosa escamado.

—Pues no sé, ayer te vi mala cara y hoy te noto decaído... —balbuceó Ramón bajando cada vez más el tono de voz y a la espera de una brusca reacción de su compañero que no llegó.

El bedel no contestó y una mirada de estupefacción cruzó el rostro de Ramón que pensó que muy mala tendría que ser la cosa.

Iba por la mitad de su ronda, cercano ya a la zona de la biblioteca, cuando Idelfonso vio entrar en el claustro al Profesor acompañado de dos estudiantes. Instintivamente, miró su Certina y corroboró que eran las tres y diez, una hora inhabitual para el Catedrático. Aceleró el paso con el fin de cubrir el espacio que le separaba de él y antes de que este llegara a su despacho, llegó jadeante.

—¡Profesor, Profesor! ¿Ha ocurrido algo?

—¡Buenas tardes, Carrascosa! Hoy tampoco tiene usted muy buena cara.

—Me encuentro bien, sólo algo sorprendido porque esté usted aquí a esta hora.

—Carrascosa, ¿conoce a mis alumnos internos? Don Vicente Malina y Doña María Virtudes Pereira —dijo, haciendo un ademán de presentación.

—Sí, sí, —reconoció Idelfonso estirando el brazo para estrechar la mano que los alumnos le ponían por delante—. Por supuesto, les veo casi todas las tardes por aquí.

—Precisamente ellos son el motivo de que me encuentre aquí a esta hora. Necesitan entrar en el despacho porque tienen que realizar una búsqueda bibliográfica en el ordenador. He venido para abrirles la puerta aprovechando que tenía que recoger unos documentos.

—¡Pero, Profesor! No debía haberse molestado, yo mismo podría haberles abierto. De hecho, si no recuerdo mal, les abrí el despacho el martes por la tarde —exclamó Carrascosa mirando fijamente a Vicente y a María Virtudes.

—Entramos un momento para recoger la documentación que usted nos pidió —dijo muy azorado Vicente—. ¿Se acuerda Profesor? Quería que le lleváramos las estadísticas de altas de la planta del mes pasado.

—Pues no me acuerdo —contestó Sebastián Olmedo a la vez que fruncía el entrecejo y hacía un gesto con su cara en señal incredulidad, bien porque no se fiaba de lo que decía Vicente o de su propia memoria, lo cual era bastante más grave—. Bueno, eso no tiene importancia. Ahora hemos de entrar, que me está esperando mi esposa para almorzar y se me hace tarde.

—Por supuesto, yo mismo les abriré —dijo encaminándose a la puerta de despacho con las llaves en la mano.



Cuando volvía hacia la conserjería, notó durante un segundo como si una corriente eléctrica atravesara su cuerpo. De pronto, su mente se aclaró. Tuvo una revelación. ¡Vicente y María Virtudes! Ellos eran los culpables de este despropósito. Yo les abrí el despacho el martes por la tarde y ese día el Profesor no vino a la Facultad. Al día siguiente la bata estaba manchada, dijo para sí. Y en ese momento se sintió como si fuera Sherlock Holmes. ¡Elemental, mi querido Watson!, exclamó a un interlocutor imaginario, esos chicos tuvieron una relación sexual y no encontraron otro sitio donde limpiarse que en la bata del profesor Olmedo.

Imaginarse esa escena le hizo aflorar una sonrisa que terminó en una sonora carcajada, provocando que dos alumnos que pasaban por su lado volvieran la cabeza asombrados de ver al bedel en dicha actitud. Pero enseguida se le cortó la risa al pensar que primero tendría que buscar pruebas y después decírselo al Catedrático.

—Te veo algo más animado, compañero —comentó Ramón.

—¡Compañero! —gruñó Ildfonso— ¿Desde cuándo tenemos estas confianzas?

—Ildfonso, estás de picajoso... que ya no sé qué decirte.

—No digas nada, porque yo no te he dirigido la palabra —sentenció mientras tomaba asiento con la vista al frente, escrutando el hall de entrada al mismo tiempo que le daba vueltas mentalmente al asunto que se traía entre manos.

De esta guisa le encontró Olmedo cuando salía de la Facultad y se acercó a la conserjería a despedirse.

—Adiós, Carrascosa, hasta mañana.

—Adiós, Profesor. Por cierto, Profesor...

Intentaba comentarle algo del incidente, pero cientos de ideas pasaban velozmente por su mente, opuestas unas a las otras, creando tal confusión en su cabeza que acabó reflejándolo en la cara provocando que Sebastián Olmedo volviera a preguntarle si realmente se encontraba bien.

—Bien, Carrascosa, pues lo dicho, hasta mañana y a mejorarse. Adiós Ramón.

El Profesor se marchó apesadumbrado. En verdad le tenía mucho aprecio a Ildfonso y no le gustaba la forma en que se comportaba últimamente. Incluso pensó que a lo mejor se estaba demenciando.

Había quedado como un tonto delante del Profesor y de Ramón. No sabía por qué se le había pasado por la cabeza en ese momento comentarle al Catedrático lo de la mancha. Todavía no había terminado la investigación y no tenía ninguna prueba de que ellos fueran los culpables. Esperaría. Era lo mejor. Seguro que al final todo se arreglaría.

Han dado las cuatro, las cinco, las seis y ya son casi las siete y Carrascosa no se ha movido del asiento para hacer la ronda, pensaba Ramón. ¿Le digo algo o le dejo que siga ensimismado? Mientras se debatía, observó que Ildde miraba su reloj y se ponía de pié automáticamente, como



si acabara de despertar de un sueño sin recordar nada de lo que había ocurrido con anterioridad.

—Me voy a dar una vuelta para ver si todo va bien.

—Muy bien –contestó Ramón sin añadir nada más que estropeará este resurgimiento.

Siguiendo con su rutina, al salir del Aula VI, que quedaba casi frente por frente al despacho del profesor Olmedo, pudo comprobar cómo Vicente y María Virtudes salían del mismo muy acaramelados y besándose con fruición, hasta tal punto que ni siquiera repararon en él a pesar de que se encontraba a pocos metros de distancia. Cuando los vio alejarse por el jardín, resolvió que era el momento de encontrar pruebas y se dirigió nervioso, pero decidido, al encuentro de las mismas.

Abrió la puerta del despacho y entró. Su mirada se orientó automáticamente al fondo de la habitación, al perchero, y allí pudo advertir la prueba del delito. En el lugar de la mancha blanco leche ahora se veía una de color gris claro, húmeda y de gran extensión que mancillaba el blanco puro de la bata.

—Ahí está la prueba, ahí está... y está todavía fresca –susurraba.

III

El viernes por la mañana se armó de valor y llamó al hospital. Preguntó por el profesor Olmedo y cuando lo tuvo al otro lado del teléfono, con voz lúgubre le comunicó que tenía que hablar con él urgentemente. Se-

bastián Olmedo, que llevaba unos días viendo extraño al bedel, temió por su salud y le ordenó que se pasara por allí lo antes posible.

Ildefonso subía los escalones del centro sanitario lentamente, haciendo tiempo para organizar su cabeza y diseñar, por enésima vez, de qué manera le contaría lo que había descubierto.

Tocó en la puerta y la abrió sólo un poco, asomando la cabeza por la pequeña rendija. Al instante vio a Olmedo levantarse del sillón y acercársele mientras le decía:

—Pase, Carrascosa, no se quede en la puerta —al mismo tiempo que ponía una mano sobre su hombro izquierdo—. Últimamente me tiene usted muy preocupado. Sentémonos y cuénteme qué le sucede.

Armándose de valor, y después de haber decidido que lo mejor era soltarlo todo de un tirón, Ildefonso anunció:

—Don Sebastián, tengo que notificarle que sus alumnos internos...

—¿Sí? —apremió el Catedrático al ver que no seguía adelante.

—Vicente y María Virtudes, Profesor... fornican en su despacho.

—¿Cómo?

—Lo que le estoy diciendo, ayer lo pude demostrar. Todo tiene que ver con una mancha color blanco leche que descubrí en su bata el miércoles...



—¿Una mancha de color blanco leche? –repitió el Profesor con cara de asco interrumpiendo lo que el bedel decía.

—Sí, señor. Ayer era gris claro y estaba húmeda.

—Húmeda, gris... –balbuceó Olmedo sin saber qué decir ni qué hacer.

Tras un turbador silencio, el Catedrático se recompuso y dijo:

—Bien. Vamos a ver si he conseguido enterarme de lo que ha sucedido. Según usted, mis alumnos internos fornican en mi despacho y después se limpian en mi bata.

—Exacto. Yo no podría haberlo dicho mejor ni más claro.

—Y, ¿tiene pruebas?

—Por supuesto. Las manchas de la bata –sentenció.

—Las manchas de la bata... –repitió Olmedo pausadamente.

—Profesor, he de confesarle que he dudado en decírselo. Pero después de mucho pensar, concluí que una fechoría como esa no debería quedar sin castigo. No sé donde va a llegar la juventud hoy día. No tienen respeto por nada ni por nadie. No se debe permitir que los despachos se usen para... esas cosas. Si lo consentimos, la Facultad de Medicina puede llegar a convertirse en una Sodoma y Gomorra. Ya tenemos bastante con que se revuelquen en el césped, pero esto que ocurre en su despacho, perdone que le diga, es muy grave. Creo que usted debe tomar cartas en el asunto.

—Y las tomaré, no se preocupe, por supuesto que las tomaré. Déjelo en mis manos. Esta tarde cuando Vicente y María Virtudes lleguen a la Facultad, permítales entrar en el despacho y presto me llama por teléfono, que al instante me presento a darles a éstos lo que se merecen.

Y dicho y hecho. Cuando esa tarde el bedel les abrió la puerta a los transgresores, telefoneó al Catedrático que en menos de quince minutos estaba ante la ventanilla de la conserjería. Ante la mirada de desconcierto de Ramón, ordenó:

—¡Vamos, cuanto antes empecemos, antes terminamos!

Y así, ambos se encaminaron al despacho. Al llegar a la puerta oyeron suspiros y jadeos que provocaron cierto rubor en el bedel y una media sonrisa en el Catedrático que Carrascosa no advirtió.

—Abra despacio, Carrascosa, que a éstos hay que pillarlos in fraganti -musitó.

—Éstos no oyen ahora ni una bomba que se les cayera encima -contestó Ildefonso mientras abría la puerta de par en par.

Y allí estaban. Vicente sentado en una silla de cara a la puerta. María Virtudes de frente a Vicente a horcajadas sobre él. Las manos de Vicente en las nalgas de ella, ayudándole en su movimiento de subida y bajada. La cabeza de María Virtudes hacia atrás y sus ojos perdidos en el espacio sideral, sin darse cuenta de que la puerta se abría.



Sebastián Olmedo entró como una exhalación y se plantó en mitad de la habitación. Mientras, Ildefonso Carrascosa se quedó rezagado en el quicio de la puerta y Vicente abrió desfavorido sus ojos.

—¡Señores! Les ruego que no cambien de postura –exclamó ante el temor de que al ser sorprendidos intentaran recomponerse mostrando así todas sus vergüenzas –. Sólo escuchen lo que tengo que decirles.

El bedel se mostraba expectante henchido de orgullo ante la determinación del Profesor. Sabía que no le defraudaría.

—Señores –volvió a exclamar–, soy muy consciente de sus necesidades y de que sus hormonas están bastante revueltas. Quiero que sepan que me da exactamente igual cómo, cuánto o con quién copulen. De hecho, siempre me he considerado bastante liberal en este asunto, pero lo que no voy a consentir ahora, ni nunca es que se limpien en mi bata los fluidos resultantes de estos menesteres –sentenció–. ¿Queda claro o tengo que repetirlo?

Vicente y María Virtudes bajaron la cabeza mirándose el uno al otro sin intentar siquiera que algún sonido saliera de sus gargantas.

Desde fuera, Ildefonso Carrascosa no perdía rípió, pero no entendía nada. Miraba sin ver, oía sin escuchar y su cara alucinada era fiel reflejo de su estado. Entonces, una idea cruzó su mente...“cosas de catedráticos”. A continuación, una leve sonrisa surgida de su boca terminó transformada en una ruidosa y vulgar risotada.